

LAS ENFERMEDADES EN LA TRAYECTORIA DEL LIBERTADOR SAN MARTIN

Por

FEDERICO GUILLERMO CERVERA

Todo cuanto atañe a los grandes hombres, y aun a los hombres y mujeres célebres, ha despertado siempre el curioso interés del hombre común. Es así que la vida de los santos, de los sabios y de los héroes ha sido tema de obras literarias de gran éxito, y más aun cuando la grandeza fuera encarnada por los creadores de naciones, libertadores de pueblos o conquistadores, a cuya acción se debió en su tiempo cambios profundos y trascendentales en la historia.

También los médicos han sentido la curiosidad meramente científica de estudiar la naturaleza de los procesos mórbidos de los grandes hombres, considerados bajo la lupa del investigador que estudia al enfermo y no a la persona.

Recientemente, el interés médico se ha centrado en el propósito de relacionar los males físicos con el accionar de los hombres gobernantes de las naciones rectoras de nuestro tiempo, de lo que es ejemplo la exitosa obra "El Poder, los Hombres y sus Enfermedades" por Pierre Accoce y Pierre Rentschick.

Ante estas nuevas perspectivas, San Martín se nos ofrece como perteneciente a una categoría especial entre los grandes hombres, ya que no fue un gobernante de poder: en la Argentina y Chile se le llamó "Libertador" y en el Perú "Protector" o "Fundador de la Libertad"; en ninguno de los teatros de su acción encabezó o formó facciones políticas; el des-

interés fue su norma, como lo ha destacado Mitre, de lo que dan pruebas sus renunciamentos a los premios monetarios u honoríficos ofrecidos, o su decisión inquebrantable de no intervenir en las luchas políticas o intestinas, de lo que hay tantos ejemplos. Su grandioso renunciamento de Guayaquil y su ejemplar ostracismo en países lejanos a sus escenarios triunfales lo diferencian netamente de otros grandes guerreños de la Historia, entre quienes figura con ventaja José de San Martín. Quizá por todo eso le llamó Ricardo Rojas "El Santo de la Espada".

Mi objetivo consistirá en estudiar con enfoque médico las diversas enfermedades que padeció el Libertador de media Sud América relacionándolas con las alternativas principales de su vida plena de dificultades y problemas de toda índole.

San Martín en Yapeyú y España (1778-1811)

San Martín vio la luz en la antigua Reducción jesuítica de Ntra. Sra. de los Reyes Magos de Yapeyú el 25 de Febrero de 1778, y unos dos o tres años después fue llevado por sus padres a Buenos Aires y posteriormente a España a donde llegó de seis años de edad; y al cabo de un año de permanencia en Madrid pasó la familia del Capitán Juan de San Martín y Doña Gregoria Matorras a radicarse en Málaga, donde el padre del futuro Libertador iba destinado como Capitán supernumerario de esa plaza andaluza sobre el Mediterráneo.

Ultimo de cinco hermanos, completó el niño José su educación en Málaga y a los 11 años, a mediados de 1789, ingresó como Cadete en el R. de Infantería de Murcia, acantonado en esa plaza; donde debía seguir los estudios y aprendizaje de "Academia" antes de su ascenso a 2º Subteniente.

En 1791, a los 13 años de edad, figuró San Martín como Cadete combatiente del Murcia, en la campaña de Marruecos.

Desde entonces y hasta 1811, durante veinte años, sirvió San Martín en diversos Regimientos, de Infantería primero y

de Caballería después, incluyendo una campaña de más de un año embarcado en un navío como combatiente con un grupo de soldados a sus órdenes. Luchó sin tregua con los moros, con los ingleses, con los portugueses y con los franceses; en Marruecos, en Aragón, en el Rosellón, en Andalucía y en el mar, participando en la célebre batalla de Bailén en que fue condecorado; ascendió en el escalafón militar hasta el grado de Teniente Coronel. En suma una brillante carrera cuyos pormenores no corresponden a este lugar.

En este período de su vida solamente en dos ocasiones se registran alteraciones en la salud del futuro Libertador.

A fines de 1801, destacado en misión portando una suma de dinero, en un paraje llamado Cubo entre Valladolid y Salamanca, fue asaltado el joven jinete de 23 años por cuatro bandoleros, resultando San Martín herido en la refriega, en la mano y en el pecho "de bastante gravedad", según se consigna en la Nota que San Martín elevó al Rey el 6 de Enero de 1802 para justificar la pérdida de los valores, que fueron robados por los asaltantes.

La herida al parecer curó satisfactoriamente, a juzgar por su foja de servicios de 1804 donde se dice "su calidad Noble, hijo de Capitán, su salud buena". Esta referencia es muy importante, porque autores modernos han intentado relacionar su herida torácica con posterior patología.

El mismo año de 1804 salvó San Martín de caer enfermo de una gran epidemia que se desató sobre la ciudad de Cádiz y afectó primordialmente a la tropa de su guarnición militar. Catalogada de fiebre amarilla o "tifus ictericoide" como se llamaba también esta enfermedad americana, no sería extraño que en algunos casos hayan sido brotes epidémicos de hepatitis virales, no bien conocidas entonces.

En dos oportunidades estuvo San Martín a punto de sucumbir, resultando en ambas ileso. La primera fue en 1808 en ocasión de una sangrienta revuelta callejera en Cádiz, donde

fue asesinado el General Solanas, superior inmediato de San Martín, y donde éste salvóse de la furiosa turba al recibir refugio en un templo.

La segunda vez, fue en la acción militar librada en la Posta de Santa Cecilia y conocida como combate de Arjonillas, en la guerra contra las tropas napoleónicas, donde a la cabeza de un escuadrón de caballería comandó San Martín una lucida carga, en la que no resultó muerto por la decidida actitud de un soldado llamado Juan de Dios; como si fuera un anticipo del combate de San Lorenzo librado años después en tierra santafesina.

Poco después de la batalla de Bailén, librada el 19 de julio de 1808, sufrió San Martín la segunda alteración de su salud al caer enfermo, al parecer estando en Sevilla. No se conocen detalles de esta enfermedad; pero debió ser larga y de cierta gravedad. Mejorado, fue destinado "para que atendiese a su cura" a un cargo de la Junta Militar de Inspección de la Reserva del Ejército.

Ese organismo a fines de Mayo de 1809 expidió el siguiente informe sobre la salud de San Martín "es notorio que no está totalmente restablecido, pero nos ha manifestado que ya la respiración le permite poder viajar y desea con ansia concurrir a la defensa de la actual causa".

Según nuestro amigo y maestro el prestigioso historiador médico Dr. Aníbal Ruiz Moreno esta disnea podría deberse a un asma, porque no se registra ningún otro síntoma imputable al aparato respiratorio.

Por mi parte, pienso que esta enfermedad ha sido el primer episodio de la que San Martín presentará en América poco después, y en la cual la disnea se asociará a la anemia aguda generada por vómitos de sangre, para desaparecer con la recuperación del enfermo, al restituirse el nivel de hemoglobinemia que es el vector sanguíneo del oxígeno.

A partir de su recuperación continuará San Martín su campaña militar sin tropiezos, índice de su total restablecimiento, característica esta que veremos repetirse en años posteriores.

A fines de Agosto de 1811 solicitó San Martín su retiro militar "con goce de fuero y uniforme", aduciendo como razones, entre otras de índole particular y económicas, "su mala salud". Esta declaración debe ser sopesada con cautela. Conocida la verdadera razón del pedido de retiro, que era el venir a Buenos Aires a participar de la revolución americana contra el dominio español, debió necesariamente San Martín apelar a argumentos que no despertaran sospechas en las autoridades hispánicas. Por eso mismo, anunciaba que fijaría su residencia en Lima.

También en América, más de una vez, el estado de salud de su persona será esgrimido por San Martín para reforzar ciertos pedidos a la autoridad.

Después de permanecer por un tiempo en Cádiz, y luego en Londres en contacto con elementos insurgentes americanos, partió San Martín hacia su patria en las circunstancias de todos conocidas.

San Martín en América (1812-1824)

Apenas llegado a Buenos Aires, el 9 de Marzo de 1812, se le encomendó la organización del R. de Granaderos a Caballo, cuyo bautismo de fuego se produjo en San Lorenzo el 3 de Febrero de 1813.

Tantas veces se ha narrado este combate, que fue el primero y único que libró el Libertador en tierra argentina, que me exime de todo comentario. La vida del Libertador corrió gran peligro, salvada por el sacrificio heroico del Sargento Cabral; de sus resultas sufrió San Martín una herida cortante en el rostro y la dislocación del hombro derecho.

El Protomédico de Santa Fe D. Manuel Rodríguez y Sarmiento fue, como es sabido y he relatado prolijamente en otro

lugar, el facultativo que asistió en los primeros momentos a los heridos incluido el Comandante, por lo que debe ser considerado con justicia el primer médico de San Martín en tierra americana.

Es recién en 1814 que volvemos a encontrar referencias sobre el estado de salud de San Martín.

Me hago un deber en destacar que en este trabajo solamente he de considerar las referencias sobre enfermedades provenientes del propio enfermo, de sus médicos o de personas allegadas a San Martín, todos contemporáneos. Evitaré así el error de transcribir opiniones sobre el tema provenientes de autores muy posteriores a los acontecimientos, incluyendo a sus grandes biógrafos como Mitre, Otero, Rojas y tantos otros que, llevados por su entusiasmo por el prócer, formulan diagnósticos o refieren síntomas no citados en aquellas fuentes. La no observancia de esta regla, explicó los errores de autores que repiten fielmente las aseveraciones médicas de aquellos maestros de la historiografía argentina.

En ese año de 1814 estaba San Martín a cargo del Ejército llamado del Norte o Auxiliar del Perú en circunstancias har- to difíciles para su futuro. En el gobierno de Buenos Aires se imponía cada vez más la facción que dirigía Carlos de Alvear, sobrino del Director Supremo y cuyos amigos dominaban la Asamblea. Los acontecimientos de ese año y el siguiente justificarían las prevenciones de San Martín.

Por otra parte, ya el Libertador había comprendido que, militarmente, por la vía del Alto Perú no habría de conseguirse el triunfo en la guerra de la Independencia. En su mente ya había germinado la concepción de su grandioso plan continental, vía Chile, y obtenida su liberación, por vía marítima llegar al Perú.

Todas estas circunstancias de incertidumbre e inseguridad políticas afectaban la salud de San Martín. Tanto en este año, como en los posteriores, los accesos de enfermedad del Libertador nacen muy ligados a intensos estados emocionales y a

situaciones conflictivas, de difícil solución, como amenazantes a sus planes y objetivos; por otra parte, estos accesos de enfermedad, por cierto no deseados, le servirán al Gran Capitán de los Andes para capear momentos difíciles de la turbulenta política argentina de esos momentos que le tocó vivir.

El día 22 de Abril de 1814 escribió San Martín desde Tucumán a su amigo Nicolás Rodríguez Peña una carta famosa, porque en ella por primera vez el Libertador hace referencia a su plan militar continental y a su deseo de retirarse a un lugar alejado del centro neurálgico de la agitada política porteña para formalizar sus planes. En dicha carta hacía referencia a su salud en los siguientes términos:

“estoy bastante enfermo y quebrantado, más bien me retiraré a un rincón y me dedicaré a enseñar reclutas para que los aproveche el gobierno en cualquier parte. Lo que yo quisiera que Uds. me dieran cuando me restablezca es el gobierno de Cuyo”.

El mal estado de salud, cuya naturaleza no se menciona, hará eclosión tres días después con vómitos de sangre, por lo cual San Martín se dirige al Gobierno solicitando licencia en su cargo, diciendo:

“Todos los facultativos del Ejército se han reunido ayer para tratar el estado de mi salud, todos unánimes han sido de parecer mi pronta salida para la sierra de Córdoba por lo que ruego a V.E. se digne concederme licencia para recuperar mi atrasada salud”.

El Dr. A. Ruiz Moreno, ya citado, señala la presencia de vómitos de sangre, sin precisar su procedencia (1), y el consejo de un reposo en las sierras ha inducido a algunos autores a pensar que pudiera haberse tratado de hemoptisis, sin

(1) Hemoptisis es el vómito de sangre proveniente del pulmón; Hematemesis es el proveniente del estómago.

tener en cuenta otras circunstancias que desvirtúan esta hipótesis; opina que fueron hematemesis, lo que compartió.

En su momento se llegó a dudar en el Ejército de la veracidad de la enfermedad y que ella fuera un mero pretexto para separarse del mando, de lo que se hace eco el General José María Paz en sus Memorias. Sin embargo, no cabe duda de que la enfermedad realmente existió.

Desde Santiago del Estero escribió el General Belgrano a San Martín diciendo:

“He sabido con el mayor sentimiento la enfermedad de Ud., Dios quiera que no haya seguido adelante, y que ésta lo halle en buena salud. Hago memoria que Ud. me dijo que pasaba de 36 años y esto me consuela, porque he oído decir a los médicos de mucha fama, que a esa edad ya no es terrible echar sangre por la boca, a menos que provenga de un golpe. Sea lo que fuere, quisiera dar a Ud. todo alivio, pues mi gratitud es y será siempre invariable, con ello me diré eternamente, su Manuel Belgrano”.

El 22 de Mayo, esta vez desde Loreto, nuevamente escribió Belgrano al ilustre enfermo, en parecidos términos.

La enfermedad provenía de antes, porque el 30 de Marzo con anterioridad de casi un mes a los vómitos de sangre, en carta del Director Posadas se lee:

“siento imponderablemente el quebranto de su salud. Sería un mal terrible el no hallar remedio para acortar ese mal que nos traería mil males”.

Para su tratamiento, se trasladó San Martín al establecimiento de campo “La Ramada” a unas 4 leguas de Tucumán. El 8 de Mayo en carta al Gobierno del Coronel Fernández de la Cruz, a cargo de la Comandancia, se informa que San Martín

“se halla algún tanto aliviado de sus males, aunque sigue no libre de la fatiga del pecho que lo incomoda”.

Sobre esta disnea, interpretada por algunos autores como asma, o proveniente de enfermedad pulmonar, he dado anteriormente mi interpretación como proveniente de la anemia aguda post hemorrágica, y he señalado que nunca la disnea se presentará en forma aislada sino asociada a los episodios de vómitos de sangre.

Es bueno destacar que en todo el proceso de su enfermedad, que abarcará su vida entera, no se registra en el estado de San Martín ningún síntoma de origen broncopulmonar. Nunca presentó tos, ni expectoración, incluso nunca presentó fiebre como no fuera proveniente de alguna enfermedad ocasional y pasajera.

En el decreto del 7 de Mayo designando a Fernández de la Cruz en reemplazo de San Martín mientras durase su licencia dice:

“El General del Ejército Auxiliar del Perú ha caído por desgracia mortalmente enfermo”.

Este dato es de importancia, porque la impresión de extrema gravedad en algunos de los accesos de enfermedad se repetirá en San Martín, contrastando con su rápida y a veces espectacular recuperación de salud, lo que concuerda perfectamente con el cuadro habitual de las grandes hemorragias por procesos benignos, con su cuadro de shock inicial y de anemia subsiguiente, que en aquellos tiempos en que se desconocía la transfusión de sangre requería bastante tiempo para restaurar la normalidad sanguínea.

El 20 de Mayo escribía el Director Posadas, interesado en la evolución del estado de salud de San Martín, y el 24 de Junio, nuevamente en parecidos términos e informándole de la caída de la plaza de Montevideo. Entre ambas cartas, repitió San Martín sus vómitos de sangre, por lo que se trasladó a Santiago del Estero y luego a fines de Mayo a Córdoba, estando el 29 de Mayo “a la entrada de la travesía, aunque ya bastante aliviado”, según informaba su sucesor.

En Córdoba se instaló en la estancia de Saldán, ubicada a baja altura y a unas 4 leguas de la ciudad, donde recibió su designación de Gobernador Intendente de Cuyo, fechada el 10 de Agosto, para acelerar la recuperación de "su quebrantada salud en aquel delicioso temperamento". Para Setiembre ya se encontraba San Martín instalado en Mendoza, enfrascado en una ruda tarea y desplegando una gran energía, índice elo-cuente de su total recuperación.

El año 1815 se presentaba con grandes nubarrones. Poco antes, el 17 de Diciembre de 1814 el Ejército del Norte se declaró en rebeldía resistiendo la designación del General Alvear como Comandante; el 15 de Enero se nombraba a Alvear Director Supremo. El 20 de Enero solicitó San Martín una licencia por 4 meses por "el lamentable estado de mi salud y la conservación de mi existencia".

El 8 de Febrero, en vez de la licencia solicitada fue designado en su reemplazo el Coronel Gregorio Perdriel, quien fue rechazado por el pueblo y Cabildo de Mendoza. El 15 de Abril se subleva en Fontezuelas el Ejército del Norte determinando la caída del gobierno de Alvear y sus seguidores; permaneciendo en su cargo San Martín.

Por estos acontecimientos no se puede asegurar si el estado de salud de San Martín fue realmente muy alterado en esos momentos; pero en cambio unos meses más tarde se presentó un nuevo episodio de su mal, según su carta al Gobierno del 27 de Agosto de 1815:

"El deplorable estado de mi salud me hizo tener ayer una Junta de Facultativos, éstos de común parecer opinaron que mi existencia no podía prolongarse arriba de un año, si inmediatamente no mudaba de temperamento y seguía una vida tranquila hasta reponerme; sin esta consulta ya estaba bien persuadido de esta verdad; tres meses hace Emo. Sr. que para dormir un breve rato debo ser sentado en una silla: los repetidos vómitos de sangre me debilitan a lo sumo"

por lo que solicitaba 4 meses de licencia para ir a Catamarca o a Córdoba.

Esta carta es de gran importancia médica, aparte de poner en evidencia el desconcierto de los médicos en cuanto a la enfermedad de su paciente; se destaca en sus términos que la hemorragia repetida es la causa del extremo desfallecimiento, y que la participación del sistema nervioso es muy clara, coincidiendo San Martín y sus médicos en que el único tratamiento accesible era el reposo y la tranquilidad.

Meses más tarde con fecha 19 de Enero de 1816 escribía San Martín a su amigo Godoy Cruz, que estaba en Tucumán, notificándole que

“un furioso ataque de sangre y en consecuencia una extrema debilidad, me han tenido diez y nueve días postrado en la cama”.

Bien pronto se repone, y por espacio de un año permanece en un estado tan satisfactorio que le permite abordar la inmensa tarea de formar el Ejército de los Andes del que ha sido designado General en Jefe por el Director Juan Martín de Pueyrredón; cuyo apoyo constante habrá sido seguramente la mejor medicina para este gran hombre tan perseguido por la adversidad.

Le esperaba la audaz y memorable maniobra del cruce de la Cordillera con su Ejército y la gloria de Chacabuco, hazaña que ubicó al Libertador entre los grandes Capitanes de la Historia universal.

Un rasgo del temple excepcional del Libertador significa el haber dirigido esa batalla atacado por un nuevo padecimiento, que se habría de tornar crónico en él; el reumatismo, que le afectó esta vez en la muñeca derecha.

Aunque no está probado, parece que también se agravó su mal anterior porque el 17 de Febrero de 1817, cinco días después de Chacabuco, escribió San Martín a Godoy Cruz aludiendo a “su arruinada salud”. El dolor en la muñeca derecha

le persistió largo tiempo, dificultando la escritura de una carta que dirigió a O'Higgins al repasar la Cordillera.

Sobre este proceso reumático, que acompañará a San Martín toda su vida, el Dr. Ruiz Moreno, que a la par de historiador era un destacado reumatólogo, opina que pueda ser gota, por su localización preferentemente monoarticular y no dejar secuela, como lo demostrará la prolongada historia clínica del Libertador.

Quizá pensaron en igual forma los médicos tratantes, a juzgar el siguiente párrafo del General Tomás Guido en sus "Reminiscencias Históricas" quien seguramente repite opiniones de los médicos

"a más de la molestia casi crónica que diariamente lo mortificaba, sufría de vez en cuando de agudísimos ataques de gota, que entorpeciéndole la articulación de la muñeca derecha, lo imposibilitaba para el uso de la pluma".

En cuanto a "la molestia casi crónica que diariamente le mortificaba" no era otra que la gastralgia, que acompañará a San Martín hasta el día de su muerte.

Si bien fueron varios los médicos que en esta época le trataron, su médico habitual lo fue el indio o mestizo peruano Juan Isidro Zapata, a quien debemos la primera y única versión profesional del mal que aquejaba a San Martín. Se trata de una carta del 16 de Julio de 1817 remitida a Guido por el facultativo en que dice:

"La Patria, el honor y la gratitud me obligan a dar a V. Señoría la pesadumbre que siento. Preveo para muy pronto el término de la vida apreciable de nuestro General si no se distrae de las atenciones que diariamente le agitan; a lo menos el tiempo necesario para reparar su salud atacada ya en el sistema nervioso. El cerebro, viciado por las continuas imaginaciones y trabajos, comunica la irritabilidad al pulmón, al estómago y la tela

cerebral, de donde resulta el hematoe o sangra por la boca, que si antes fué traumático o por causa externa, hoy es por lo que he dicho. El mismo origen tienen sus dispepsias, sus vómitos y sus desvelos e insomnios y la consunción que va reduciendo su máquina”

Prescindiendo de la confusión que traducen estas líneas, producto del desconocimiento por el facultativo del proceso verdadero en juego, queda en claro que por sobre las episódicas emisiones de sangre hay un proceso digestivo de dispepsias y vómitos, con un trasfondo de alteración del tono emocional.

Ha llegado el momento de analizar este proceso patológico, excluido el reumatismo, que sufre San Martín desde 9 años atrás y que nunca se diagnostica, solamente se describen sus síntomas.

En primer lugar se destaca un carácter primordial; se trata de un trastorno crónico con agudizaciones periódicas, y a veces dramáticas, consistentes en vómitos de sangre. Estos episodios agudos coinciden con períodos de gran tensión nerviosa o emotiva por lo general; en algunos casos, aunque no siempre, le aqueja gran debilitamiento y disnea en estos períodos agudos, de acuerdo a la cuantía de sangre emitida. Casi sin medicación, basada sobre todo en el reposo y tranquilidad, sobreviene la convalecencia y una recuperación tan completa que el paciente puede acometer las tareas más rudas y fatigosas. Sobre este panorama episódico cursa el estado crónico de dispepsia, gastralgia y vómitos.

Las molestias gástricas eran predominantes en ayunas, como nos refiere el General Guido, gran amigo y colaborador de San Martín:

“tenia la costumbre de levantarse a las tres o cuatro y media de la mañana y aunque con frecuencia lo atormentaba al ponerse de pie un ataque bilioso, acusándole fuertes náuseas, recobraba pronto sus fuerzas por el uso de bebidas estomacales”.

También el joven Manuel A. Pueyrredón se refiere a este tema, observado mientras le servía de asistente en Chile:

“me había impuesto la obligación de ir a su cuarto todos los días a las 7 de la mañana, a darle los buenos días o “el buen día” como decía él. Así que había cumplido este deber me daba la llave de una alacena que tenía en el cuarto diciéndome que le alcanzase un vasito que tenía una medicina preparada de antemano con un licor verdoso y grueso que tomaba de un sorbo”.

Esta enfermedad corresponde exactamente a la descripción de una úlcera gástrica crónica, con exacerbaciones periódicas de hematemesis y sus secuelas de desfallecimiento y disnea por la anemia aguda generada, que cuando eran muy copiosas hacían pensar en una muerte próxima. Corregida la anemia, la recuperación es rápida y total, como es propio de un proceso benigno. Muy típico de la úlcera gástrica o gastroduodenal es la gastralgia en ayunas, principalmente matinal o de madrugada que despierta al enfermo.

Coincide además el proceso con el sexo y edad de San Martín; siendo también muy típico la influencia ejercida por la tensión emocional y el “stress”, como se dice hoy, como factor desencadenante de las exacerbaciones agudas.

La enfermedad ulcerosa era totalmente desconocida en la época que analizamos. Si bien los anatomistas habían observado ulceraciones gástricas en las necropsias, el cuadro clínico de la enfermedad recién fue descrito por Cruveilhier en 1829, y su conocimiento generalizado por los médicos mucho más tardío. El pleno conocimiento de la “enfermedad de Cruveilhier” data prácticamente del siglo actual, con el desarrollo de la radiología y la cirugía abdominal.

Importa este dato cronológico porque explica que los médicos tratantes del Libertador estuviesen completamente en ayunas sobre el mal de su paciente, y naturalmente también sobre su tratamiento dietético y medicamentoso. En rigor, el

reposo y los calmantes de sus penosas gastralgias fueron las únicas medidas terapéuticas que se mencionan en las fuentes documentales.

Desde tiempo muy lejano era el opio el calmante que reinaba universalmente, en sus diversas formas farmacéuticas: polvo, extracto (para píldoras), tintura, jarabe y las preparaciones llamadas láudano; de las que todavía se valen con provecho los médicos, junto con los alcaloides purificados del opio.

Esta medicación preocupaba a los amigos del Libertador, que ignoraban por cierto el grado intolerable del dolor ulceroso. Así, nos dice Guido

“su médico, el Dr. Zapata lo cuidaba con esmero, induciéndole no obstante, por desgracia, a un uso desmedido del opio”; y el Director Pueyrredón en carta al mismo Guido contaba en 1817: “Hemos pasado algunos buenos días con San Martín y otros amigos en mi chacra. He procurado con insistencia persuadir a San Martín que abandone el uso del opio; pero infructuosamente porque me dice que está seguro de morir si lo deja”.

El “licor verdoso y grueso” del Coronel Pueyrredón, como “los pomitos” de que hablaba Guido en otra carta, no eran sino formas distintas de la misma medicación opiácea.

En cuanto a la dieta habitual de San Martín era lo más contraproducente que pueda pedirse para su mal: desayuno de té o café bebido con bombilla, y mate el resto del día; almuerzo de asado o puchero con vino y dulces; de noche una ligera colación. Se acostaba temprano y dormía siesta. Fumaba en pipa y cigarros que él mismo liaba en chala con tabaco por él mismo picado.

En campaña, la comida era la del resto del ejército: carne charqui adobada con ají picante molido, se ingería hervida a manera de chatasca a lo que se agregaba harina

de maíz tostado, además de galletas, queso y carne fresca de reses que se llevaban para combatir el apunamiento de las alturas, cebolla y ajo.

¡Todo lo contrario a la dieta de un ulceroso! ¡Y nada qué decir en cuanto a la gota!

Como corolario a este análisis de las enfermedades de San Martín citaré la atinada observación del que fuera edecán y fiel amigo del Libertador, el Coronel Olazábal: dice que su mal

“consistía en una desorganización nerviosa, causada por el reumatismo adquirido en su dilatada campaña, cuyo centro es el estómago”.

Ante opiniones de autores que han interpretado el cuadro clínico del Libertador como debido a una tuberculosis pulmonar fibro cavitaria crónica, con hemoptisis, creo necesario insistir en la falta absoluta de síntomas broncopulmonares: ni tos, ni expectoración, ni fiebre, ni signos de la llamada impregnación bacilar, ni astenia o debilidad crónicas, se consignan en los padecimientos de San Martín, ni en esta época ni en las posteriores hasta su fin.

La combinación de reumatismo y síndrome ulceroso se repetirá de aquí en adelante, con predominio de uno u otro según las épocas.

En Julio de 1817 nuevamente se concedió licencia a San Martín, siendo reemplazado por Antonio Gonzalez Balcarce porque “el estado de mi salud me tiene expuesto a una próxima muerte”, lo que hace pensar que nuevamente le atacaran los vómitos de sangre, ya que un molesto reumatismo no justificaría esa expresión por sí solo.

En carta del día 2 de ese mes le decía a Godoy Cruz:

“mis viajes y males no me han permitido escribir a Ud., y si le agregó, mi malditísimo humor no será demás. Mi salud sigue en estado bien miserable, conozco que el remedio es tranquilidad por cuatro o cinco meses”.

En parecidos términos escribió a Narciso Laprida el 31 de Agosto.

Balcarce se hizo cargo recién el 21 de Noviembre; pero el 10 de Diciembre ya estaba en funciones el Libertador, lo que habla en favor de una rápida y completa recuperación.

Todo el año 1818 transcurrió sin crisis de salud. El inglés Haigh, que lo entrevistó entre las batallas de Cancha Rayada y Maipú dirá: "¿De donde saca fuerzas este hombre enfermo y derrotado?". Porque resulta en verdad increíble el indomable espíritu del Libertador que le hacía resurgir, como el ave Fénix, una y otra vez después de cada caída en su salud.

Librada y ganada la batalla de Maipú, una de las grandes batallas de la Historia, que con el cruce de los Andes y la campaña al Perú constituyen el basamento militar de la gloria del Gran Capitán de los Andes, el Libertador se dirigió nuevamente a Buenos Aires.

En la Capital de la Plata trató de la organización del nuevo Ejército Libertador del Perú, y reunido a su familia retornó a Mendoza, donde recibió un oficio del Director Pueyrredón en que le notificaba la imposibilidad de recolectar los fondos necesarios para la empresa. Motivó esta situación la renuncia de San Martín por "su precaria salud".

Evidentemente, la razón era otra, pues apenas solucionado el problema financiero, San Martín cruzó nuevamente la Cordillera "en excelente estado de salud", como lo comentaba en carta a Godoy Cruz del mes de Octubre.

Durante los años 1819 y comienzo del 20 padeció la Argentina una crisis política que, en lo que respecta a los planes sanmartinianos, se puede comparar a la crisis de los años 1814 y 15.

Consecuencia de los acontecimientos, que no es el caso analizar en este trabajo, habría de producirse la disolución del Congreso y del Directorio; sublevaciones militares en Tucumán, San Juan y Arequito; la guerra entre el Directorio y los caudillos federales del Litoral, y la disolución del poder

nacional. En particular, ya la renuncia del Director Pueyrredón alarmó seriamente al Libertador, que se trasladó a Mendoza desde Chile.

El nuevo Director, el General Rondeau, proyectaba volcar hacia el Litoral los Ejércitos del Norte y de los Andes, a cuyo fin incitaba a San Martín a trasladarse a Buenos Aires.

El Coronel Olazábal en sus "Episodios de la guerra de la Independencia" dice al respecto:

"Incostratable San Martín en su propósito de jamás desvainar el sable en guerras fratricidas, y a la mira de su gran pensamiento de lanzarse allende el Pacífico para hacer flamear el pabellón de Mayo a 1500 leguas del Plata hasta el Ecuador, echó mano de todos sus ardidés para entorpecer la marcha y concurrir".

Entre los ardidés a que alude Olazábal para no ajustarse a los planes del Director se encontraba el apelar al mal estado de su salud; pero aunque esto fuera exacto, sobre todo para los primeros momentos, no cabe duda de que San Martín estuvo realmente atacado por el reumatismo en especial a fines de 1819.

Creo innecesario reproducir las notas intercambiadas entre San Martín y el Director, porque en la correspondencia mantenida con O'Higgins, Guido y el Gobernador de Córdoba Manuel Antonio de Castro se evidencia la intensidad de los ataques reumáticos, la toma inefectiva de baños en Tucumán, y la imposibilidad de viajar ni aun en coche. Además se agregó un proceso fistuloso que le obligó a guardar reposo en cama por 15 días.

El inglés Haigh, ya mencionado, que le visitó en Mendoza, dice al respecto:

"Encontré al héroe de Maipú en su lecho de enfermo, y con aspecto tan pálido y enflaquecido, que a no ser por el brillo de sus ojos difícilmente lo hubiera reconocido".

En plena enfermedad renunció al cargo de Comandante del Ejército, que le fue rechazado, manifestando:

“ya no es necesaria nueva reclamación pues mi postración absoluta me hace separarme de este encargo. Si V.E. no nombra otro General, el Ejército está expuesto a su disolución. Pasado mañana marchó para los baños de Cauquenes” (en Chile)

Ya el Libertador había adoptado la decisión trascendental de proseguir con su plan continental, superando las dificultades del difícil momento.

El General Rudecindo Alvarado encontró a San Martín en tal estado de postración y dolores (que según carta a Guido de San Martín afectaban principalmente al brazo derecho) que hizo confeccionar una camilla o parihuela para su transporte, y con una escolta de 60 granaderos cruzó San Martín la cordillera, postrado en la parihuela, a hombro de sus soldados.

Los baños de Cauquenes reanimaron a San Martín al punto de escribir al General Las Heras “Me hallo tan aliviado como nunca lo he estado”.

Enterado en Chile de la caída del Directorio batido en los campos de Cepeda, el 27 de Marzo de 1820 renunció San Martín al cargo de General en Jefe del Ejército de los Andes, ante sus oficiales reunidos en Rancagua, siendo reelecto por unanimidad. Estos episodios en conjuntos constituyen la llamada “desobediencia genial de San Martín”.

El resto del año estuvo absorbido por los trabajos de organizar la operación combinada de llevar al Perú el nuevo Ejército argentinochileno Libertador del Perú, en la escuadra que comandaba Lord Cochrane; de cuyo Ejército será su General en Jefe el Libertador.

Cumplida exitosamente la hazaña y ya en tierra peruana afectó al Ejército una extraña epidemia en Pisco, de la que no se salvó ni el Comandante, y que produjo algunas muertes, entre ellas A. Alvarez Jonte.

En el mes de Diciembre de 1820 escribía San Martín a O'Higgins: "Mi salud cada día se resiente de un trabajo que a cualquiera otro más robusto agobiaría, en fin se guiremos hasta más no poder"

A comienzo de 1821 se desató en el Perú una epidemia de fiebre amarilla que afectó a ambos ejércitos y en general a casi toda la población, pero de la que se salvó San Martín. Por la correspondencia con O'Higgins en cambio se sabe que en Febrero tuvo San Martín un vómito de sangre.

En los meses subsiguientes, hasta bastante tiempo después de la declaración de la Independencia del Perú el 28 de Julio, la salud del Libertador no fue buena, según informaba a su gobierno Luis de la Cruz encargado de los negocios chilenos. Según su informe, San Martín estaba de Lunes a Viernes en la residencia de la Magdalena, donde atendía el despacho como Protector del Perú, y donde pasaba algunos días en reposo en cama. Los Sábados viajaba a Lima. Si bien la Cruz no aporta más datos, opina que la alteración de la salud del Libertador se debía al cúmulo de tareas y problemas de gobierno, y en particular su desagrado por "la conducta indecorosa de Cochrane".

Desde entonces y hasta su regreso a Chile en Octubre de 1822 la salud de San Martín no presentó alteraciones.

En Chile, luego de tomar baños en Cauquenes, se alojó en la chacra que poseía O'Higgins en Santiago llamada "el Conventillo". Allí enfermó San Martín de "chavalongo" que era una especie de tifus exantemático, del que se reponía a fines de Noviembre según carta del General Zenteno en que dice:

"El General San Martín está mejor. No he podido verle todavía. Espero que será esta noche. Ha hecho una buena escapada".

Pero, sobre llovido mojado, en plena convalecencia le sobrevinieron unos vómitos de sangre. Hacía crisis la gran tensión nerviosa, acumulada desde que en Guayaquil se consuma-

ra su renunciamiento a la gloria futura en pro del triunfo final de la guerra de la Independencia. Las hematemesis han de haber sido muy copiosas, a juzgar del informe que el Sr. Prevost agente diplomático de Estados Unidos remitió a su gobierno el 14 de Diciembre donde dice:

“Se encuentra mejor; pero la cantidad de sangre que ha perdido ha quebrantado de tal manera su organismo, que está lejos de recuperar una salud, que permanece precaria”.

Pese al poco promisor augurio del diplomático, San Martín debió haberse recuperado bastante como para emprender poco después el repaso de los Andes, en un viaje apresurado por la difícil situación política chilena.

El 26 de Enero de 1823, en plena convalecencia, partió de Chile con una pequeña comitiva de dos o tres oficiales, dos asistentes, dos mucamos y algunos arrieros para cruzar la cordillera por el paso del Portillo, más disimulado que los otros pasos cordilleranos.

En la cumbre de la Cordillera, del lado argentino, le esperaba su fiel amigo Olazábal que nos ha legado una hermosa página del encuentro con el Gran Capitán, en una madrugada que lo vio aparecer montando una airosa mula zaina y vestido de paisano. La travesía había fatigado al Libertador, aun no repuesto totalmente de su anemia posthemorrágica. Dice Olazábal:

“Un riquísimo guarapón (sombrero de ala ancha) de paja de Guayaquil cubría aquella hermosa cabeza en que había germinado la libertad de un mundo y que con atrevido vuelo había trazado sus inmortales campañas y victorias. El chamal (poncho chileno) cubría aquel cuerpo de granito, endurecido en el vivac desde sus primeros años”.

Después de las efusiones propias del encuentro y de tomar unos mates con bizcochuelos, dijo el Libertador “Bueno

será, quizá, que bajemos desde esta eminencia donde en otro tiempo me contempló la América”.

Llegado a su chacra de “los Barriales”, en Mendoza, la recuperación de San Martín fue tan extraordinaria que, según Olazábal, “a los dos meses de estar allí, su salud había recuperado el nervio de veinte años atrás”.

Fue este el último episodio de su enfermedad padecido en América. Por un año su salud será perfecta, a lo que no habrá sido ajeno el clima cuyano y la tranquilidad de que gozó San Martín; felicidad sólo turbada por el fallecimiento de su esposa Remedios y la hostilidad que le demostraba el gobierno porteño.

Acompañado por su pequeña hija Mercedes abandonó San Martín su patria el 10 de Febrero de 1824.

San Martín en Europa (1824-1850)

En Europa, por seis años largos se radicó el Libertador en la ciudad de Bruselas, donde se hablaba francés, para mejor atender la educación de la pequeña Merceditas.

Solamente en dos ocasiones se referirá San Martín a su mal estado de salud, fueron ellas en 1826 en carta a su cuñado Manuel de Escalada, y en 1828 en carta al General Miller, que estaba en Londres, refiriéndole a éste que yendo en viaje a tomar baños termales debió detenerse en Lieja, por 14 días, por un intenso dolor en el brazo derecho que se había hinchado considerablemente.

Indudablemente, la tranquilidad y la dieta europea habrán jugado su papel en su mejor salud. En los retratos que le pintaron en Bruselas se acusa un rostro lleno y un torso más grueso, índice de la mejoría de su estado digestivo; y digo mejoría, porque los trastornos gástricos aunque mitigados, los sufrirá siempre.

En su breve regreso al Plata en 1829, donde no desembarcó permaneciendo en el barco, y por tres meses en Montevi-

deo, recibió visitas entre ellas de sus amigos el Coronel Olazábal y Alvarez Condarco.

Según el relato del primero el aspecto del Libertador era muy saludable

“había engordado bastante. Su cabeza había encanecido, sus ojos siempre centelleantes, su aspecto nada había perdido de cuando se presentaba ante sus legiones para conducirlos a la victoria”.

De regreso a Bruselas, mientras viajaba en coche en Inglaterra de resultas de un vuelco del carruaje sufrió heridas cortantes en el brazo izquierdo.

Trasladado a París en 1831, al año siguiente padre e hija enfermaron del cólera, que le dejó secuelas a San Martín por un tiempo, en carta al General Guido le contaba:

“una enfermedad gastrointestinal que me ha tenido al borde del sepulcro y que me ha hecho sufrir inexplicables padecimientos por el espacio de siete meses”.

A fines de ese año su hija contrajo matrimonio con Mariano Balcarce, y por tres largos años se trasladaron los esposos a Buenos Aires donde nació su primer nieta. Quedó San Martín en una gran soledad, alternando sus viajes a diversas estaciones de baños termales por su inveterado reumatismo. Dificultades económicas se agregaron, con la consiguiente tensión nerviosa, por lo que no ha de extrañar que en 1833 escribiera San Martín a Mariano Alvarez, del Perú, diciéndole

“a fines de Otoño he tenido tres o cuatro ataques inflamatorios del estómago que han desaparecido con cama y dieta”.

Se apreciará que las reagudizaciones de su proceso ulceroso son más leves que las sufridas en América. En el mismo año, en carta a O'Higgins se referirá a “violentos ataques de nervios que me debilitaron”.

Felizmente, el ocasional encuentro con su viejo amigo del R. de Murcia, el acaudalado banquero Alejandro Aguado, permitió la solución de los problemas económicos que aquejaban a San Martín, que adquirió la propiedad de Grand Bourg en las afueras de París. En 1836 se le unieron sus hijos y nació su segunda nieta. Allí vivió 14 años.

Fueron años de felicidad para San Martín, matizados por sus males físicos, así en 1842 escribirá a O'Higgins "mi salud ha sido fatal por más de un año" y en otra carta "los vómitos de antes, aunque menores, me han vuelto", y en otra carta se refiere a una extraña enfermedad contraída antes de llegar su familia "pude haber muerto en un Hospital de resultas de una larga enfermedad, pero en fin dejemos este asunto que no hace más que atacar mis nervios que se hallan en un estado muy irritable". Quizá esta enfermedad hayan sido los vómitos anteriormente mencionados.

Estos "nervios" se asociaban a trastornos digestivos, como se señala por San Martín en varias cartas: a Guido el 26 de Setiembre de 1846 "un ataque bastante serio de cólicos nerviosos que tuve en Nápoles, y de otro de menos consideración que tuve en Roma"; al Capitán Lafond el 11 de Octubre de 1847 "atacado hace más de un mes de dolores nerviosos del estómago, casi sin la menor interrupción", que se siguió de diarreas (carta del 11 de Diciembre). Nuevamente le aquejó diarreas en 1849.

Al siempre sensible sistema nervioso de San Martín también se referirá el argentino Florencio Varela en su visita de 1844.

Como se advierte, la relación tan conocida de los estados emotivos con las reagudizaciones de la úlcera gastroduodenal se patentiza en estos procesos del Libertador, mucho más aislados en Europa y de menor consideración a los padecidos en América.

Además de estos trastornos, se había iniciado en San Martín un prematuro envejecimiento, debido a la arterioesclerosis. A los 68 años de edad, en 1846, le visita el Coronel peruano

J. M. Iturregui quien relata: "en los doce años que habíamos dejado de vernos, se había extenuado y acabado de una manera extraordinaria".

Es la imagen que nos ofrece el daguerrotipo tomado dos años más tarde, tan difundido, que muestra a un hombre anciano de más edad aparente que la real.

Un nuevo padecimiento habría de agregarse a la patología de San Martín: desde 1845 comenzó a perder la vista atribuida a la presencia de cataratas, como lo certifica el Libertador en carta a Juan Manuel de Rosas de 1848.

Para entonces, San Martín había rendido su última contribución a la Patria, enfrascada en conflicto con las dos grandes potencias Francia e Inglaterra.

Alejándose de los disturbios parisinos de 1848, la familia San Martín y Balcarce se habían trasladado a la más tranquila Boulogne Sur Mer; fue entonces cuando se operó el Libertador de las molestas cataratas. La operación, efectuada por el buen cirujano oculista alemán Julio Sichel, resultó un éxito; pero no así el resultado alejado, porque la visión se recobró escasamente por el mal estado retinal. Eran sus últimos días terrenales.

De su episodio mortal, en que fue asistido San Martín por su médico de cabecera Dr. Jardon, poseemos la versión del argentino Félix Frías, quien llegó al velatorio el día 18 de Agosto de 1850 y recibió el relato de los últimos momentos del Libertador de labios de su yerno. En lo sustancial, refiere Frías:

"algunos días antes el General se sintió atormentado en la noche por sus dolores, tomó una dosis de opio mayor que la prescripta para calmarlos, y en al mañana siguiente amaneció moribundo... Después de las dos de la tarde, el General San Martín se sintió atacado por sus agudos dolores nerviosos al estómago. El Dr. Jardon, su médico, y sus hijos estaban a su lado. El primero, no se alarmó y dijo que aquel ataque pasaría como los precedentes. En efecto, los dolores calmaron; pero repenti-

namente el General, que había pasado al lecho de su hija, hizo un movimiento convulsivo, indicando al Sr. Balcarce con palabras entrecortadas que la alejara, expiró casi sin agonía.”

Es evidente que el proceso previo de gastralgias nocturnas o de madrugada, obedecía al mismo proceso ulceroso que nunca le abandonó y para el cual siempre tenía a mano la única medicación que le dieron los médicos, el opio. El episodio final fue, probablemente, un cuadro agudo cardíaco terminal; o bien una hemorragia masiva.

“Murió en pleno día y a continuación de largos sufrimientos ocasionados por una hipertrofia del corazón”, dejó escrito su amigo de los últimos años, el abogado M. Gerard propietario de la casa que habitaba la familia San Martín y ocupante de la planta baja, quien publicó dos artículos recordatorios del gran sudamericano en el periódico “El Imparcial” de Boulogne Sur Mer.

En uno de sus artículos el Sr. Gerard nos ha dejado un hermoso retrato literario de San Martín en sus últimos años, que revelan que los padecimientos no habían menguado ni su aspecto físico ni su intelecto. Dice el artículo:

“El Sr. San Martín era un lindo anciano de elevada estatura, que ni la edad, ni la fatiga, ni los dolores físicos han podido doblegar. Sus rasgos fisonómicos eran muy expresivos y simpáticos, su mirada viva y penetrante, sus modales llenos de habilidad. Poseía muy amplia instrucción; sabía y hablaba con igual facilidad el francés, el inglés y el italiano y había leído cuando puede leerse. La conversación fácil y jovial, era una de las más atractivas que he escuchado. Su bondad no tenía límites”... y terminaba: “Decía a todos y por encima de todo, la verdad”.

No puede haber un mejor retrato físico y moral, para quien supo equilibrar una vida gloriosa y verdaderamente grande, con la humildad y el desinterés.

Otro francés, Hubert de Germiny, recientemente, ha llamado a San Martín "El Héroe, el Santo y el Sabio", resumiendo en esas tres palabras la vida ejemplar del Libertador de medio continente americano.

BIBLIOGRAFIA

- BUSANICHE, José Luis: *San Martín visto por sus contemporáneos*. Ed. Solar. Bs. As. 1942.
- CRUZ, Ernesto de la: *Epistolario de D. Bernardo de O'Higgins*. Santiago (Chile) 1916.
- CIGNOLI, Francisco: *Cirujanos del Ejército de los Andes*. El Día Médico. Año XXII. N° 43.17-VIII-1950.
- Documentos del Archivo de San Martín: Com. Nac. del Centenario. Bs. As. 1910-11.
- Documentos para la Historia del Libertador Gral. San Martín: Min. de Educ. Bs. As. 1953-60.
- ESPEJO, Jerónimo: *El Paso de los Andes*. Bs. As. 1882. Bib. de Mayo. T XVI 2ª Parte. Bs. As. 1863.
- FRIAS, Felix: *Muerte, exequias y necrología de San Martín*. Escritos y Discursos. Bs. As. 1884.
- GERARD, A.: *Le général Don Jose de San Martin*. Necrologie. Boulogne Sur Mer 1850. Reimp. facsimilar por la Inst. Mitre. Bs. As. 1950.
- GUIDO, Tomás: *San Martín y la gran epopeya: Reminiscencias históricas*. Bs. As. 1928.
- GALATOIRE, Adolfo: *Cuáles fueron las enfermedades de San Martín*. Ed. Plus Ultra. Bs. As., 1973.
- HAIGH, Samuel: *Bosquejos de Bs. As., Chile y Perú*. Trad. C. Aldao. Bs. As. 1918.
- HALL, Basil: *El Gral. San Martín en el Perú*. Trad. de Carlos Aldao. Bs. As. 1917.
- IBARGUREN, Carlos: *San Martín íntimo*. Ed. Peuser, Bs. As. 1950.
- LAFOND DE LURCY, Gabriel: *Voyage dans l'Amérique Espagnole pendant les guerres de l'indépendance*. Paris 1884.
- LERNAUD, P.: *Breve Tríptico Sanmartiniano. Bajo el aspecto médico*. El Día Médico, Año XXII N° 43 - 17-VII-1950.
- LÓPEZ, Vicente Fidel: *Historia de la República Argentina*. Bs. As. 1883-93.
- MILLER, Guillermo: *John Miller: Memorias*. Trad. por el Gral. Torrijos. Londres 1829.
- MITRE, Bartolomé: *Hist. de San Martín y de la Independencia de Sud América*. Bs. As. 1889.
- Museo Hist. Nacional: *San Martín. Su correspondencia*. 3ª Edic. Bs. As. 1911.
- OLAZÁBAL, Manuel de: *Episodios de la guerra de la Independencia*. Inst. Nac. Sanmartiniano. Bs. As. 1974.

- OTERO, José Pacífico: *Hist. del Libertador don José de San Martín*. Bruselas 1932.
- PAZ, José María: *Memorias póstumas*. Bs. As. 1ª Edic. 1855.
- PAZ, Soldán Mariano F.: *Hist. del Perú independiente*. Lima y Bs. As. 1868-1888.
- PÉREZ ROSALES, Vicente: *Recuerdos del pasado*. 4ª Edic. Stgo. de Chile 1943.
- PICCIRILLI, Ricardo: *San Martín y la política de los pueblos*. Bs. As. 1957.
- FUEYRRREDÓN, Manuel: *Memorias inéditas*. Bs. As. 1947.
- RUIZ MORENO, Anibal: *La salud de San Martín*. El Día Médico. Año XXII. Nº 43.17-VIII-1950.
- SARMIENTO, Domingo F.: *Vida de San Martín*. Recop. de Enrique Espinosa. Bs. As. 1939.
- VILLEGAS, Alfredo: *San Martín en España*. Ac. Nac. de la Historia. Bs. As. 1976.
- WIENHAUSER, Santiago: *Fortaleza Sanmartiniana*. Ed. Theoria. 7ª Ed. Bs. As. 1973.